

la componian, repartidos espresamente entre diversas bomas, debian ser muertos sin mas ceremonia, si los vuatutas se permitian pasar la frontera. Dije entonces á Baraka que debia avergonzarse de su credulidad y de sus terrores quiméricos; Bombay añadió, no se espantaria tan fácilmente, y por darle valor le

recordé aludiendo á la expedicion de Petherick, «que íbamos á salir al encuentro de una expedicion de hombres blancos que habia salido del Norte para unirse con nosotros.» Pareció que me escuchaba y me comprendia, pero en el momento en que los dos se alejaban, oí á Vuadimoyo preguntarle en voz baja:



*Emilio Aguero*

Natural de Uzinza.

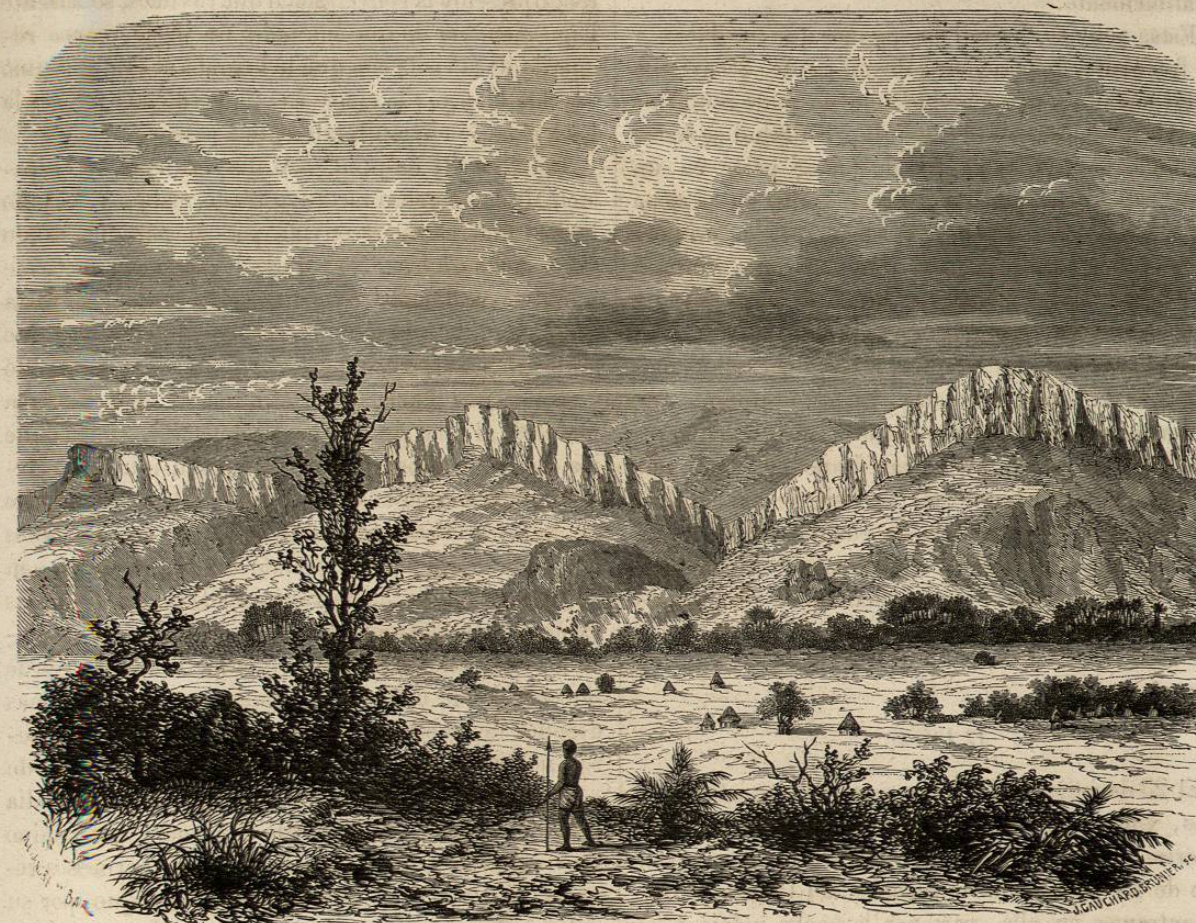
«¿Tiene miedo? ¿Se decide á retroceder?...» Esto me asustó mas que nada pensando contra lo que antes habia imaginado que la relacion que me habia hecho era invencion suya y no de Makaka.

Toda la noche tuvimos patrullas que circulaban por la aldea, tambor batiente y con gritos feroces para alejar á los vuatutas. A la mañana siguiente en

el momento de levantar las tiendas, ninguno de los hombres de carga se presentó para emprender la marcha. «No eran tan tontos, decian, que quisieran pasar adelante por caminos infestados de vuatutas.» Persuadido de que no debian estar lejos, intimé al Cerdo que convocara «sus hijos,» lo que hizo inmediatamente aunque de muy mala gana, pero toda mi

elocuencia se estrelló contra su resolucion de no marchar adelante. «Por lo demás, exclamaron que no querian robarme y que renunciaban á su salario.» Makaka, que llegó durante la discusion, propuso que continuáramos en su territorio hasta mejores tiempos, combinacion que gustaba á Baraka menos que ninguna otra, porque estaba cansado de sufrir la conducta de aquel jefe. Propuse entonces á mi gente que volviéramos á Mihambo en el distrito de Bogué.

Allí depositaria mis mercancías, y el Cerdo, mediante una carga entera de *mizima* (perla anillo de Alemania), conduciria á Baraka convenientemente disfrazado á presencia del gran jefe del Usui, á quien pediria en mi nombre ochenta hombres. Entre tanto yo volveria al Unyanymbé para sacar los reclutas que pudiera entre la gente del difunto Musa. Este plan sin mas pérdida de tiempo, recibió inmediata ejecucion, y el 20 estábamos de vuelta en Mihambo.



Valle de Uthungu.

Grant, á quien hallé al dia siguiente, habia reunido algunos hombres de Sorombo que se preparaban á seguirme. Le participé mi mala aventura y mi ansiedad. No sabia en efecto qué partido tomar, y si me faltaban todos los recursos, pensaba construir una balsa en la punta meridional del N'yanza y subir por el rio hasta el origen del Nilo.

La agitacion de mi espíritu no me dejó gozar largo tiempo del placer de hablar con Grant, y tomando á Bombay en mi compañía, continué mi camino hasta Kaseh.

El 2 de julio llegué á la habitacion de Abdalla, hijo mayor de Musa, á quien hallé trasformado com-

pletamente. En vez del adolescente á quien habia dejado sumido en la embriaguez y desprovisto de toda elegancia exterior, encontré una especie de dandy que pasaba dias enteros sentado muellemente como su difunto padre en blandos almohadones; pero inspiraba menos respeto á sus subalternos, y la casa no estaba ya montada bajo el mismo pie. El jeque Said, nombrado principal dependiente, no le abandonaba un momento, y los hotentotes se indemnizaban en ella, á mi costa por supuesto, de las privaciones del viaje.

Abdalla, comprendiendo las dificultades en que me veia envuelto, me prometió proporcionarme hombres

y hasta fingió á ejemplo de su padre querer asociarse á la expedición; pero me dijo que era necesario esperar á la llegada de una gran caravana que habian detenido en el Ugogo.

Manua Séra, encerrado por el momento en una boma de Kigúé, parecia hallarse en una situacion de las mas criticas, porque los árabes habian formado alianza con todos los jefes de los distritos de alrededor, incluso Kitambi, su antiguo confederado. Cercado por todas partes y alejado poco á poco de los manantiales que podian surtirle de agua, debia sucumbir infaliblemente.

Estas noticias, los mil desengaños que me daban y las frecuentes disposiciones de mi gente, detuvieron de tal modo nuestra marcha, que no pude reunirme con Grant hasta el 11 de julio. Su salud se habia mejorado porque habia podido tomar parte en un gran baile dado por Ukulima y bailar en persona con la primera mujer de aquel príncipe, la primera en categoria y sobre todo en edad. Salimos juntos á caza de pintadas mientras se buscaba un guia indígena capaz de conducir á mis tres mensajeros al Usui al través de los bosques y por un camino mas corto que la senda ordinaria. En esto supimos que Suwarora se habia irritado al saber que los rumores esparcidos contra él me habian impedido continuar mi viaje hasta su territorio. No dejé de participar á Bombay esta buena noticia, la cual estimuló su celo y voluntad de tal suerte, que se mostró dispuesto á acometer la empresa ante la cual habia retrocedido Baraka.

## VII.

## El Uzinza.

El 23 de julio, fatigado de marchas y contramarchas, y mas todavía de las contrariedades que habia experimentado, llegué á la residencia de Lumeresi, uno de los principales reyezuelos del Uzinza. No le encontramos en ella, pero por la noche volvió á su boma, especie de palacio de césped muy parecido á un monton de heno y muy inferior al mas pobre tembé de los árabes de Kaseh. Allí, para celebrar nuestra llegada mandó tocar sus tambores, y yo contesté con tres tiros de fusil al tiro que él habia disparado en nuestro obsequio. Por la noche, mientras me ocupaba en observaciones astronómicas, me sentí acometido de un frio tan intenso, que tan luego como determiné la posicion del lugar creí necesario meterme en cama. En ella estuve detenido por una fiebre ardiente, sin que me fuera posible levantarme al otro dia. Mil síntomas alarmantes acompañados de agudos dolores se complicaban durante mi sueño, con multitud de visiones absurdas. Soñaba que estaba combi-

nando con sir Rodrigo Murchison un viaje al través

del Africa; veia llegar á mi campo seres estraños, mitad hombres y mitad monos, para anunciarme que mi compatriota Petherick, que habia salido de Kartum, me esperaba con embarcaciones en el N'yanza, etc.

Lumeresi vino á verme por la mañana para saber, segun dijo, el estado de mi salud, y deseoso yo de salir pronto de sus manos, le recibí con todos los honores militares, pero este hombre á pesar de su fisonomía benigna, me probó desde nuestra primera conferencia que creia inútil aparentar desinterés. No tengo presente la conversacion que tuvimos, solamente hago memoria de que me pidió un deolé, como recuerdo de la visita con que le honra el «Magnánimo hombre blanco,» lo cierto es que perdiendo pronto la paciencia, le envié literalmente á pasear.

Del 23 al 31 de julio.—Al dia siguiente la escitacion de mi cerebro me tuvo trastornado, y cuando llegó Lumeresi le reconvine por su perfidia dando voces como un loco. No por eso dejó de atormentarme mientras yo tomaba remedios sobre remedios, hasta el 25, en que rebajó un poco sus pretensiones. Me apresuré entonces á darle lo que pedia, y mandé disponer una hamaca portátil, en la cual pensaba marchar al dia siguiente. Mi huésped, viendo que iba á poner este proyecto en ejecucion, rehusó dejarme marchar si no añadía tres piezas de tela á las que ya habia recibido, alegando «que ciertos individuos de su familia no habian podido ser comprendidos en la distribucion hecha la víspera.» Despues de varias exhortaciones inútiles, me resigné á aquel nuevo sacrificio y mandé á mi gente que me llevase fuera de la boma donde no queria permanecer una hora mas despues de haber sufrido tales tratamientos. Lumeresi no vaciló en cerrarles el paso bajo el pretexto de «que yo estaba enfermo, y diciendo que no podia permitir que en aquel estado se pusiera en camino un hombre de quien habia recibido tan hermosos regalos. Le seria, dijo, muy penoso saber que por su culpa habia yo muerto en el monte.» En vano apelé á su humanidad, en vano le dije que precisamente la única probabilidad de curarme consistía en el cambio de aire que iba á proporcionarme una marcha en hamaca. Seguro de su influencia sobre mis subalternos, reclamaba cada vez con mas fuerza el deolé «que, segun decia, debia yo llevar, porque no habia podido pensar en presentarme delante de Rumanika sin el único regalo digno de ser ofrecido á este príncipe.» Desde aquel momento no volví á ver á Lumeresi; entraba en su política tenerme en suspenso, y yo en efecto habria preferido toda especie de disputas á aquella detencion cuyo término no podia prever. Supe, en fin, de su parte, que debia considerarme como su prisionero y no como su huésped si le negaba el deolé destinado á Rumanika. A esto siguió

una prohibicion perentoria á sus súbditos de que me diesen socorro alguno, y despues, echándola de generoso, me ofreció una vaca que no quise aceptar.

Entonces empezó una serie de tribulaciones sobre las cuales no me atrevo á insistir mas, y asi habian pasado seis semanas, cuando una noche me despertó repentinamente gran ruido de pasos. Muchos hombres se precipitaron en mi tienda jadeando á consecuencia de una larga carrera, y con voces casi ininteligibles y esplicaciones incoherentes me dijeron «que habian dejado á Grant rodeado de peligros de todo género á consecuencia de un ataque imprevisto que habia dispersado la caravana. Todos los vuanguanos habian sido muertos ó puestos en fuga por los hombres de M'yangá, y Grant, á quien yo esperaba de dia en dia, habia quedado solo al pie de un árbol sin mas proteccion que la de su fusil. En cuanto á ellos, simples hombres de carga, no teniendo ni la mision ni los medios de defenderle, se habian apresurado á buscarme para que viese los medios de sacarle de aquella posicion crítica...» Yo estaba preparado contra la exageracion de estas malas noticias. Pero comprendí que á lo menos algo grave habia pasado, y sin perder un minuto mandé á todos mis hombres salieran al socorro de Grant. Baraka, siempre desanimado, se aprovechó de la ocasion para gritar deteniéndose delante de mi tienda «que era ya imposible pensar en el viaje del Karagué.» Entonces le dirigí una buena reprimenda de que espero se aprovecharán mis oyentes, los cuales se han alejado bien edificados sobre mi invariable determinacion de marchar adelante.

En la mañana del 17 recibo carta de Grant en que me comunica exactamente los pormenores de la catástrofe. Dice asi:

16 de setiembre de 1861.

Mi querido Speke.

«La caravana ha sido atacada, robada y dispersada por todas partes cuando atravesábamos esta mañana el pais de M'yangá. Despertado al amanecer, apresuré la partida de la gente á fin de llegar á reunirme con vos lo mas pronto posible, cuando llamó mi atencion una disputa bastante viva que acababa de suscitarse entre nuestros principales guias, y siete ú ocho mozos bien armados que me habia enviado el sultan M'yangá para pedirme que me detuviera en su aldea. Respondíle brevemente, que habiendo su jefe recibido ya de vos un regalo, no tenia nada que esperar de mí. Sin instar mas, y en virtud de las instrucciones que sin duda tenian, se constituyeron en nuestros guias oficiosos hasta el momento en que quisimos dejar el sendero que ellos seguian; entonces ganándonos la delantera con una rápida maniobra,

nos cerraron el paso, plantaron sus lanzas en el suelo y nos desafiaron á que pasáramos adelante.

«Esta amenaza no hizo mas que afirmarnos en nuestra determinacion, y pasamos adelante separando con el pie su frágil barricada. Habíamos andado cerca de 7 millas sin ser molestados, cuando un clamor agudo que salia del bosque atrajo mi atencion, y vimos caer sobre nosotros con muestras de la mayor alegría una masa de cerca de doscientos hombres. Un instante despues, penetrando en el centro de la caravana, se echaron sobre nuestros portadores. La lucha no fue larga, nuestros hombres cogidos del cuello y amenazados de muerte, se dejaron despojar no solamente de sus cargas, sino de los vestidos y adornos que llevaban, y antes que se pudiera organizar la resistencia, todas las mercancías habian desaparecido. Tres hombres solamente se han mantenido firmes á mi lado; en vano llamaba á los demás; no pensando mas que en evitar un saetazo ó un dardo, habian desaparecido por la espesura, y uno solo, nuestro pequeño Rahan, armado de su fusil, defendió valientemente su carga contra cinco salvajes que le acometieron con las lanzas. Entre los fugitivos, dos ó tres pasan por muertos y algunos han salido heridos. Las cajas, los abalorios, las telas, todo anda esparcido aquí y allí por el bosque inmediato. En una palabra, esto ha sido un naufragio completo.

«Se han opuesto abiertamente á que fuéese á pedir justicia al sultan, y ha sido preciso resignarse y permanecer sentados en medio de esta insolente canalla, exaltada por su fácil victoria. Entre los tunantes que me rodeaban, muchos estaban ya vestidos con los despojos quitados á nuestra gente.

«Al medio dia he recibido quince hombres y otras tantas cargas que me han sido devueltas con un mensaje del sultan. Éste dice que el ataque ha sido resultado de una equivocacion, que ha cortado la mano á uno de los agresores para escarmiento, y que nos será devuelto todo lo que nos pertenece.

«Vuestro,

«J. A. GRANT.»

Con esto logré persuadir á Lumeresi que era preciso pedir cuenta á M'yangá de la violencia cometida contra los pagazi de Grant, tanto porque son sus súbditos, cuanto por las consecuencias incalculables de semejante proceder. Cerrados de esta suerte los caminos, no habria ya caravanas, y por consiguiente no habria ya quien pagase el hongo. Lumeresi mismo se veria en la imposibilidad de llevar su marfil á la costa. Convencido por esta razon, autoriza la partida de 12 hombres de carga que consienten en ir á ponerse á las órdenes de Grant.

En esto, el 4 de octubre llega un mensaje de Suwarora, rey vecino de Lumeresi, mandándole que

nos deje marchar sin tardanza, y en apoyo de esta intimacion le envia lo que se puede llamar su cetro; una vara larga de bronce alrededor de la cual se ven fijados varios talismanes, y que se llama *kaquenzin-*

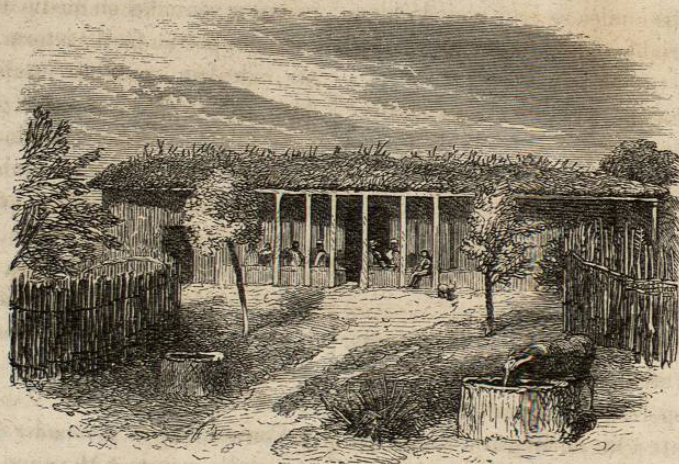
*giriri*, ó sea *el señor de todas las cosas*. Esta era una invitacion que Suwarora nos dirigia. Suwarora, dicen, no reclama ningun hongo, su único objeto es vernos, y nos envia el kaquenzingiriri para que se



Palacio del sultan Lumeresi.

nos respete por todo el pais que atravesemos. Lumeresi, confundido del ascendiente que sobre él ejerce el cetro de Suwarora se marcha sin despedirse. En fin, teniendo á mi disposicion los pagazi que nece-

sito para llevar la mitad de las mercancías, marchó adelante á pesar de mi enfermedad, á pesar de tener que detenerme á tomar aliento, y á pesar de no poder mover el brazo izquierdo. El 7 de octubre,



Especie de tembe ó casa árabe en Kaseh.

Grant se reunió conmigo, trayéndome el resto del equipaje.

Pongo, jefe del primer distrito (12 de octubre), empieza por enviarnos una vaca, reclamando por supuesto el equivalente. Solicitamos una entrevista con él, pero se niega á recibirnos bajo el pretesto de que está consultando su «cuerno mágico,» á fin de saber qué clase de gente somos. Despues

empiezan las fatigosas negociaciones del hongo, tales como se han referido ya muchas veces. Se nos devuelven nuestros regalos con un desden afectado: lo que añadimos segun las pretensiones que se muestran, parece todavía insuficiente, y no se nos perdona ninguno de los disgustos que da esa miserable diplomacia africana, diplomacia de mendigos y de ladrones. Esta vez sin embargo, cuando ha sonado el



Campamento en el valle de Uthungu: Los indígenas llevando provisiones.